

El rey.—¿Vuestras acciones pueden ser más temibles que vuestras palabras?

El legado.—Vos nos habéis revelado vuestro pensamiento. Ahora queremos haceros conocer el nuestro. El señor papa ha pronunciado contra vos la excomunión: esta sentencia, suspendida hasta nuestro arribo á este país, se pondrá ahora en vigor.

El rey.—¿Y qué más?

El legado.—Desde hoy absolvemos á todos los ingleses que no se comunicarán con vos y herimos de anatema á todos los que os sigan adictos.

El rey.—¿Y qué más?

El legado.—Dispensamos de fidelidad y homenaje á todos los súbditos de vuestros dominios; vuestro reino será entregado á aquel que lo ataque, por orden del papa, y á todos los aquí presentes ordenamos que cuando el papa envíe su ejército á este país, os unáis todos á él para rendir homenaje al jefe que les sea destinado; de lo contrario, no escaparéis al castigo.

El Rey.—¿Y no podéis todavía más?

El legado.—En el nombre de Dios os declaramos que ni vos ni vuestro heredero podréis llevar la corona (1).

Mientras tanto, Felipe Augusto recibía á los desterrados de Inglaterra. Un día se presentó uno de los principales nobles que rodeaban á Juan *Sin Tierra*, Roberto Fitz-Gautier. «Cuando el rey Felipe le vió venir, le recibió muy altivamente, preguntándole de dónde venía y qué necesidad le traía á Francia. «Señor, respondió Roberto, gran necesidad me conduce, porque el rey Juan me ha arrojado de Inglaterra, robándome todas mis tierras.—¿Por qué razón?, preguntó Felipe.—¿Habré de declarároslo, señor? El rey quería robarme mi hija, desposada con Godofredo de Mandeville, y porque yo no quise soportarlo me ha aniquilado, expulsándome de mi tierra. Yo os ruego, por Dios, que tengáis piedad de mí como de un hombre desheredado y en desgracia.—¿Por la lanza de San Jaime, á punto os ha sucedido tal desgracia, porque yo debo pasar á Inglaterra, y si logro conquistar la tierra, seréis bien compensado de vuestra pena!—Señor, repuso Roberto, ya había oído decir que pensabais pasar á Inglaterra, y me huelgo de ello. Y saber que si vos me queréis ceder cuatrocientos ó quinientos de vuestros caballeros, pasaré delante de vos y entraré en Inglaterra á pesar del rey Juan. Yo me puedo mantener allí fácilmente un mes por la fuerza de mi linaje. Allí os esperaré, y así vos mismo podréis entrar con más seguridad.—¿Por la cabeza de San Dionisio, dijo Felipe, ninguno de mis caballeros pasará por delante de mí! Vos mismo aguardaréis para hacer conmigo la travesía.—Señor, dijo Roberto, yo haré lo que plazca á vuestra voluntad.»

Corrió la voz de que los vasallos de Juan *Sin Tierra* habían enviado al rey de Francia una carta sellada con sus sellos, por la que le prometían la corona si venía á tomarla (1212) (2). Juan dispuso algunas ejecuciones,

(1) Es difícil afirmar que esta conversación, recogida de los Anales de Waverley, se tuviera literalmente en esos términos, pero resume la situación y se ve en relieve el carácter verdadero de las personas.

(2) El hecho lo cuenta el cronista Roger de Wendover. En realidad, como dice M. Petit-Dutaillis en su *Louis VIII*, el «Trésor des Chartes» tan rico en documentos oficiales referentes á Fe-

lipo Augusto, no nos ha conservado ninguna de sus promesas ni de sus compromisos con los barones ingleses. Pero otras crónicas inglesas y francesas confirman el testimonio de Wendover. En 1213, cuando el legado Pandolfo intentó el último esfuerzo sobre el espíritu de Juan, no dejará de manifestarle, para darle miedo, que el rey de Francia se jactaba de haber recibido de casi todos los grandes de Inglaterra promesas escritas de fidelidad y de homenaje.

lipo Augusto preparó el ataque. Los cronistas hablan de una flota de mil quinientas velas, de un derroche de 60.000 libras y de la reunión de un ejército «inmenso.» Inocencio III había puesto en pregón al rey de Inglaterra delante de la Europa (enero de 1213). Tres obispos ingleses, las víctimas más importantes de Juan, que se habían refugiado en Roma, volvieron de allí con instrucciones precisas. El decreto de deposición fué proclamado en Francia. Dióse la orden á Felipe Augusto y á sus súbditos de invadir el reino de Juan y de desposeerle de la corona, para entregarla, en nombre del papa, «á aquel que de ella será digno.» El rey de Francia y sus caballeros marcharon debajo del estandarte pontificio, para alcanzar la remisión de sus culpas. Como fin de la conquista, ¡la absolución! Esto, pues, no era una guerra: era una cruzada. Y el sucesor de Juan *Sin Tierra* fué designado en el hijo de Felipe Augusto, Luis de Francia, el cual, por su mujer Blanca de Castilla, podía presentar ciertos derechos á la corona de Inglaterra.

Reuniéronse en Soissons (8 de abril) todos los barones y obispos para obligarse á hacer la campaña. Uno solo, el conde de Flandes, Fernando, se negó á formar parte de la hueste. «Y que se abstendría, declaró, en tanto que no le fueran restituidos Aire y Sanit-Omer, las dos plazas fuertes quitadas, contra todo derecho, á Flandes.» Felipe le ofreció una compensación. El conde la rehusó y abandonó la asamblea. Ciertamente que Fernando no se había aliado aún á Juan *Sin Tierra*, pero su defección del de Francia era cierta: Flandes devino tan enemigo como la Inglaterra. Felipe se contentó con requerir al vasallo rebelde para que condujese su contingente de tropas, seguro de no ser obedecido. Ya se vengará de él más tarde.

Tomó Felipe sus últimas disposiciones, sus precauciones finales, y las tomó (sin mucho asombro por su parte) contra su hijo. Delante de la nobleza, en Soissons, el príncipe real, el futuro rey de Inglaterra, prometió permanecer en el país conquistado, sin reclamar nunca nada (durante la vida de su padre) del reino de Francia. Además exigirá de sus súbditos ingleses la promesa de que ellos no acarrearán ningún perjuicio ni al rey de Francia, ni á su Estado. En la distribución de feudos y tierras que se hará después de la conquista, Luis seguirá los consejos paternos. Y, finalmente, se le obligó también á jurar que, así que haya hecho prisionero á Juan *Sin Tierra* y le confisque sus bienes y sus dominios, le pondrá á disposición de su padre, Felipe,

lipo Augusto, no nos ha conservado ninguna de sus promesas ni de sus compromisos con los barones ingleses. Pero otras crónicas inglesas y francesas confirman el testimonio de Wendover. En 1213, cuando el legado Pandolfo intentó el último esfuerzo sobre el espíritu de Juan, no dejará de manifestarle, para darle miedo, que el rey de Francia se jactaba de haber recibido de casi todos los grandes de Inglaterra promesas escritas de fidelidad y de homenaje.

para que haga lo que sea su voluntad de la persona del cautivo, de su dinero y de sus bienes. En realidad, Luis dirigirá las operaciones militares y llevará la corona inglesa; pero el verdadero rey será Felipe Augusto (1).

El 8 de mayo estaba Felipe en Boulogne, lugar fijado para la concentración del ejército y de la armada. Dirigióse en seguida hacia Gravelinas (2 de mayo) para proceder al embarque, cuando llegó á su conocimiento la nueva inverosímil de que Juan se había reconciliado con el papa. Tan pronto como el rey de Francia vió llegar al arzobispo de Cantorbery, que, en nombre del papa, convirtiéndose de un día á otro en protector de Inglaterra y de su rey, le prohibió que siguiese adelante. La cruzada fué suspendida. El legado Pandolfo, al mismo tiempo que parecía apurar en contra de Juan *Sin Tierra* todo el copioso arsenal de armas de la Iglesia, recibía instrucciones secretas para que aceptase la sumisión del rey de Inglaterra desde el momento en que éste hiciera cuenta de ceder. Hasta el término de la crisis conservó Inocencio III la esperanza de un arreglo. Mas, para llegar á esto, era necesario espantar al culpable y, de consiguiente, dejar que Felipe Augusto terminase sus últimos preparativos. Mientras la armada expedicionaria se reconcentraba en Boulogne, embarcóse el legado en Wissant, desembarcó en Douvres é indujo á Juan *Sin Tierra* á capitular. De manera que todo este grande movimiento, el poner en marcha á toda una cruzada, las promesas solemnes, fueron sólo un ardor de la política pontificia, un medio de procurar á la Iglesia romana beneficios políticos y materiales.

En 13 de mayo prometió Juan «obedecer las órdenes del papa en todas aquellas cosas por las que había sido excomulgado.» Dos días más tarde, depositó la corona en las manos del prelado y prestó juramento de ser fiel á Dios, á San Pedro y á la Iglesia romana. En 20 de julio levantóse la excomunió, y en 13 de octubre, «tocado de la gracia de Espíritu Santo,» concedió Juan á la Santa Sede los reinos de Inglaterra y de Irlanda, se hizo vasallo del papa, prometiéndole un tributo anual de mil marcos, y se obligó á tomar la cruz. Lo cual fué, mejor que la sumisión, la abdicación completa de su poder al Pontificado.

Los barones también alcanzaron su parte en esta victoria de los clérigos. En el acto en el cual Juan *Sin Tierra* juró amar á la santa Iglesia, prometió también «restablecer las buenas leyes de sus predecesores, sobre todo las del rey Eduardo, y juzgar á todos sus hombres según justicia, devolviendo á cada uno su derecho.» Y por esto Juan se reconcilió con sus barones, como ya lo había hecho con sus clérigos, hasta tal punto que aquellos, que habían ya prometido su auxilio al rey de Francia, hicieron saber á éste que desde entonces para nada contase con ellos. Por lo demás, Juan *Sin Tierra* no se deshonró por haberse sometido al papa: en estos

(1) Otros acuerdos particulares fueron aprobados en el congreso de Soissons, acerca del cual el historiógrafo de Felipe Augusto, Guillermo *el Bretón*, nos ha dejado más que algunos apuntes muy insuficientes. Asistió á él el duque de Brabante, Enrique, que prometió unirse á los franceses en su expedición á Inglaterra, con la condición de casar con María, hija de Felipe Augusto, y de recibir una renta de 1.000 libras parisisinas. El casamiento hubo de tener lugar algunos días después.

tiempos, un homenaje al papa en nada humillaba á un poderoso príncipe.

Abandonado por Inocencio III y por los barones ingleses, el rey de Francia nada pudo. Su capellán, Guillermo *el Bretón*, pretende que Felipe aparentó buen ánimo, á pesar de su mala fortuna, hasta el punto de exclamar: «He triunfado, pues, gracias á mí, Roma ha sometido el reino de mi enemigo.» Pero es más de creer la *Historia de los duques de Normandía y de los reyes de Inglaterra*: «Grande ira y coraje tuvo en su corazón el rey de Francia contra el apóstol (el papa) que le había cerrado el camino de Inglaterra.»

De manera que el papa destrona á un rey, concede su corona á un extranjero, y después priva á éste de alcanzarla. Gustaríamos de conocer la correspondencia cambiada, en esta ocasión, entre Felipe Augusto é Inocencio III. No queda huella de ninguna obligación contraída por el papa, ni de ninguna promesa hecha á Francia. ¿Acaso el tiempo ha hecho desaparecer las cartas del papa tocante á esto, ó bien, Inocencio III, al erigirse defensor de Juan *Sin Tierra*, suprimió los testimonios escritos? Un documento, una escuela dirigida por Inocencio III á su legado Nicolás, obispo de Túsculum, da alguna luz sobre ello, pues en dicha escuela el papa recomienda que busque con gran cuidado todas las letras pontificias en las que se trate de la condenación de Juan *Sin Tierra*, tanto las mandadas á Inglaterra, á Escocia y á Irlanda, como las enviadas al reino de Francia (*per regnum Franciæ*). Estas cartas debían sus poseedores entregarlas en su original, y era cuidado del legado pontificio hacerlas desparramar en diminutos trozos por los campos, ó bien quemarlas (octubre de 1213) (2).

Sea como quiera, Inocencio III, á quien había vencido Felipe Augusto en el asunto de Ingeburga y en lo referente al cisma de Alemania, tomó la revancha impidiendo á éste que se apoderase de Inglaterra. Quizá no hubiera alcanzado este resultado si no se hubiese movido en el mismo sentido una necesidad histórica irresistible: la que tendía á mantener políticamente separados á los dos pueblos ribereños del canal de la Mancha. Los esfuerzos del papa fueron secundados por el sentimiento nacional, ya poderoso en ambos países.

CAPITULO IV

BOUVINES

- I. La coalición de 1213. Renato de Dammartín y Fernando de Portugal.—II. La guerra de Flandes. La Roche-au-Moine.—III. La batalla de Bouvines. Consecuencias de la victoria.

I.—La coalición de 1213. Renato de Dammartín y Fernando de Portugal (3)

Felipe Augusto iba á vengarse en su vasallo rebelde, el conde de Flandes, de la gran decepción que acababa de experimentar. Pero, al atacarle, provocó una coalición que puso en grave peligro el poderío francés. Otón de Brunswick fué de los primeros que entró en ella. En

(2) *Easque protinus facias minutatim incidi vel igne comburi.*
(3) FUENTES.—Las crónicas y colecciones de documentos citados en el párrafo precedente, y además el *Anonyme de Béthune*.

tre Juan *Sin Tierra* y Otón había, desde mucho tiempo, establecida una mutua inteligencia, como lo demuestran las numerosas embajadas que el rey de Inglaterra envió a Alemania, los viajes de Otón a Inglaterra y las considerables sumas de dinero que el tío hizo pasar a manos del sobrino. Felipe Augusto había probado de malquistarlos, aunque inútilmente. Una carta escrita por el obispo de Cambrai al rey de Francia, de parte de Otón, daba a entender claramente «que con mucho gusto se hubiese aliado con los franceses y separado del rey de Inglaterra, si fuese posible hallar la manera de hacerlo sin incurrir en la reprobación general.» Cerró Juan *Sin Tierra* los ojos a esta tentativa de traición, continuando firme la unión del güelfo con el Plantagenet. Estos hallaron entre los señores feudales del Noroeste de Francia dos estimables auxiliares: Renato, conde de Boulogne, y Fernando de Portugal, conde de Flandes.

Pertenecía Renato a la familia de los condes de Dammartin, poseedores de castillos cercanos a París, que vivían habitualmente en la corte de los Capetos, ejerciendo en ella cargos palatinos. Este conde, muy dado a las aventuras, se granjeó el ánimo de Felipe Augusto, que le armó caballero y además le arregló su matrimonio con Ida, condesa de Boulogne, rica heredera a la cual pretendían gran número de señores. Al ir Ida, que ya había tenido tres maridos, a casarse con el cuarto, Arnoldo, señor de Ardres, presentóse Renato, se apoderó de la dama conduciéndola a Lorraine, é hizo que uno de sus amigos aprisionase a Arnoldo. Sin embargo, Arnoldo estaba casado, pero una oportuna repudiación le habilitó para casarse de nuevo. Así adquirió el título de conde de Boulogne, pasando a ser vasallo, no del conde de Flandes, que se había opuesto al rapto, sino del rey de Francia, a quien reconoció como a su señor directo. Finalmente, este protegido de Felipe Augusto se apoderó de bienes de la Iglesia, que no cesaba de excomulgarle; despojó a los pobres, a los huérfanos y las viudas de lo que les pertenecía, y era su única ocupación el guerrear con sus vecinos. De un altercado que tuvo, en plena corte del rey, con el conde de Saint-Pol, salió con «un puñetazo en el rostro, tan fuerte que le hizo sangrar.» Quiso Felipe Augusto poner paz entre ambos, pero Renato quejose de la parcialidad del rey, empezando desde entonces a pensar la manera de hacerle traición.

Ya en la guerra que Felipe Augusto tuvo con Enrique II figuraba Renato al lado del enemigo, si bien esta primera traición le fué perdonada, pues en 1191 fué cuando Felipe recibió su homenaje por el condado de Boulogne. En la lucha contra Ricardo *Corazón de León*, al ser atacado por los ingleses y flamencos, corrió grave peligro Felipe Augusto, siendo también aban-

ne, crónica en lengua vulgar, aún inédita (Biblioteca nacional, nuevas adquisiciones francesas, número 6295).

OBRAS DE CONSULTA.— Malo, *Renaud de Dammartin*, 1898. Leglay, *Histoire de Jeanne de Constantinople*, 1898. Petit-Dutailis, *Étude sur la vie et le règne de Louis VIII*, 1894. Scheffer-Boichorst, *Deutschland und Philipp August*, en los «Forschungen zur Deutschen Geschichte,» tomo VIII. Warnkoenig, *Flandrische Staats und Rechtsgeschichte bis zum Jahr 1305, 1835-1842*, y la traducción francesa de Gheldolf, 1835-1864. Frantz Funck-Brentano, *Philippe le Bel en Flandre*, 1896. Pirenne, *Histoire de Belgique*, tomo I, 1900.

donado por el conde de Boulogne. Al subir al trono Juan *Sin Tierra*, el conde había tratado con los ingleses una verdadera alianza, pero Felipe y Juan se reconciliaron repentinamente en 1200 por el tratado de Goulet, y Renato, que no había sido avisado por el rey de Inglaterra, no fué comprendido en la paz. De nuevo dió frente al enemigo y pasó al de Francia.

Felipe olvidó lo pasado: sabía posponer sus odios a sus intereses. Para sus proyectos de conquista de Normandía, la neutralidad y, sobre todo, el apoyo del alto feudatario a quien pertenecían Boulogne y Calais eran muy útiles. Durante las campañas que finalizaron con la anexión de Normandía y de otros feudos continentales de los Plantagenet, el conde de Boulogne ocupaba el primer sitio entre los lugartenientes de Felipe. Sus servicios fueron largamente recompensados: tres condados de Normandía, Mortain, Aumale y Varenne, que, añadidos a los de Boulogne y Dammartin, constituyeron uno de los más ricos señoríos de la Francia del Norte. Felipe le prestaba sus soldados para hacer la guerra a los pequeños señores, vecinos de Boulogne. También se tomó el trabajo en 1209 de ir en persona a defenderle contra el conde de Guines y dejó dos guarniciones francesas en todo el país. Finalmente, el hermano de Renato, Simón de Dammartin, casó con una de las sobrinas del rey; su hija se prometió con el propio hijo de Felipe Augusto, Felipe Hurepel, uno de los legitimados de Inés de Merán. Nada se perdonó, pues, con tal de hacerle adicto a la dinastía.

Pero era imposible retener a Renato. Querellóse con los miembros de la familia de Dreux Capetos de la rama menor, sobre todo con el irascible obispo de Beauvais, del que se le antojó demoler una fortaleza. El obispo respondió demoliendo un castillo del condado de Boulogne. Esta guerra privada puso al rey de Francia en grande embarazo. Trató de no favorecer a ninguno de los dos partidos, interesado de cerca como estaba por uno y por otro. Renato se quejó de que no le defendieran. Se atrevió a amenazar a Felipe Augusto en presencia de testigos numerosos, y en un acceso de cólera abandonó la corte. El rey supo bien pronto que fortificaba su castillo de Mortain y que había entrado en tratos con Juan *Sin Tierra* y el emperador Otón (año 1211).

Entonces intimó Felipe al conde de Boulogne la devolución del castillo de Mortain. A su negativa resolvió tomar la plaza y se dirigió rápidamente contra Boulogne. Renato, viéndose perdido, prometió remitir su feudo principal, Boulogne, a Luis de Francia, soberano de Artois (esperando tal vez ponerle en discordia con su padre), y luego marchó a refugiarse en casa de su pariente, el conde de Bar, en tierra imperial. En este momento preciso, Ferrán, conde de Flandes, se declaraba enemigo del rey.

Uno de los hechos más característicos de la monarquía nacional en los siglos XIII y XIV es el esfuerzo continuo por introducirse en Flandes, haciendo prevalecer su autoridad y desmembrando el condado a su antojo.

Flandes, colocado en la unión de los tres grandes Estados europeos Inglaterra, Francia y Alemania, era entonces en el Occidente la región industrial por excelencia, el cruce del comercio universal, y el punto de

reunión de todos los comerciantes del viejo mundo. Vendía las telas y tejidos de lana a toda Europa. Dos ciudades, insignificantes hoy, como Brujas é Ipres, contaban sus habitantes por cientos de miles. Brujas, que comunicaba entonces libremente con el mar por el canal de Zwin, ancho y profundo, y cuyo puerto, Dammé, recibía más de 1.600 navíos, ocupaba durante la Edad media el lugar que tienen actualmente en Europa Anvers, Hamburgo y Liverpool (1). El cronista Guillermo *el Bretón*, en su *Filípida*, habla con admiración de ese puerto ancho y tranquilo, dice, «que hubiera podido contener nuestra flota entera. Allí se levanta una ciudad soberbia (Brujas), feliz de las aguas que la bañan resbalando mansamente y de su terreno fértil, orgullosa de su puerto, tan próximo al Océano. Hemos encontrado en ella riquezas aportadas por los navíos de todas las partes de la tierra, plata en barras, oro de amarillos reflejos, telas de Venecia, tejidos de la China y de las Cíclades, pieles de Hungría, y preciosos granos que daban a las telas un color brillante de escarlata; toneles cargados de vinos, que habían venido de Gascuña por la Rochela, hierro, metales preciosos, lanas de Inglaterra y tapices de Flandes.»

Con Francia, y principalmente con Inglaterra, tenían los flamencos lo mejor de su comercio. Recibían de Francia el vino, el trigo y la miel; de Inglaterra la lana. Sus cartas comunales y los estatutos de sus corporaciones prueban desde el siglo XII la importancia que tuvo entre ellos la industria de tejidos; y la necesidad de vigilar esta fuente de prosperidad nacional les inclinaba a mantenerse en buenas relaciones con los ingleses. La ruptura con Inglaterra, que les aportaba la primera materia, habría sido su ruina, y esta consideración prevaleció siempre sobre los deberes de vasallaje y las simpatías que arrastraban a sus condes del lado de Francia y de los Capetos.

Felipe Augusto mantuvo con tenacidad la idea de dominar en este gran feudo y de combatir en él la influencia inglesa. Al conde de Flandes, Felipe de Alsacia, logró arrebatarse Artois, Amiéns y Vermandois, resultado de venturosas guerras ó hábiles avenencias diplomáticas. Pero en las grandes ciudades belicosas de Lys y del Escalda, un sentimiento intenso de patriotismo local se levantaba contra aquellas derrotas sufridas por la señoría. Los franceses no eran simpáticos a los castellanos. Hase visto al conde Balduino IX, el aliado de Ricardo *Corazón de León*, hacer retroceder a Felipe Augusto, obedeciendo a la imposición del sentimiento popular. Pero Felipe hallóse muy pronto en ocasión de tomarse el desquite.

En 1202, cruzóse Balduino y abandonó su feudo. Proclamado emperador de Constantinopla, había dejado el condado a sus hijas, Juana y Margarita. Los flamencos dieron la tutela a su tío, Felipe conde de Namur. Era éste un hombre débil é interesado, a quien el rey de Francia rodeaba y tanteaba de todas maneras. El conde de Namur, en Courtrai, se declaró hombre adicto a Felipe Augusto y prometió no casar a sus sobrinas más que con el consentimiento y según la voluntad del rey. La nobleza y los municipios de Flandes se vieron en

(1) Frantz Funck-Brentano, *Philippe le Bel en Flandre*, páginas 32 y siguientes.

la obligación de sancionar este compromiso. Además el conde de Namur hizo el juramento de casar más tarde con una hija de Felipe Augusto, que no tenía entonces más de seis años (1206).

Dos años más tarde, Felipe Augusto convenció a «su caro amigo» el conde de Namur de que le hiciera entrega de las dos jóvenes doncellas. El se encargaba de cuidarlas, comprometiéndose sencillamente a no casarlas sin la voluntad de su tío, antes de lograr ellas la mayor edad. Los herederos del condado de Flandes permanecieron, pues, en el Louvre, bajo su mano; estos dos rehenes le garantizaban de la obediencia de los flamencos. Para coronar la obra, tan bien conducida, bastaba con casar la mayor de las hijas del conde Balduino, Juana, con uno de los hijos del rey de Francia. Entonces comenzó la intriga que debía finalizar con el matrimonio de Juana de Flandes con Fernando ó Ferrando de Portugal (enero de 1212).

Este extranjero era el sobrino de la viuda del conde Felipe de Alsacia, Matilde de Portugal, condesa viuda de Flandes, quien lo propuso al rey de Francia y, para obligarle a aceptarlo, ofreció al rey 50.000 libras parisinas. No era Fernando un desconocido para la familia de los Capetos. Su padre Alfonso II, rey de Portugal, había casado con una hermana de Blanca de Castilla, nuera de Felipe Augusto. Este aceptó las 50.000 libras, contando con sacar aún mayor provecho de este negocio. El matrimonio de Juana de Flandes se celebró en París, en la capilla del rey, en el palacio de la Cité, en presencia del conde de Namur y de algunos castellanos de Flandes. Fernando rindió homenaje al rey de Francia. Después partió con su esposa para tomar posesión del condado; pero el hijo de Felipe Augusto, Luis, se les había adelantado. Presentóse de improviso ante las ciudades de Aire y Saint Omer con un ejército formidable y les obligó a capitular. Es imposible creer que el príncipe real obrase sin orden previa de su padre. Para casar a la heredera de Flandes se comenzaba despojándola.

Fernando y Juana, a quienes se cogió desprevenidos con tan mala fe, firmaron el trado de Lens (25 de febrero), que anulaba por completo el de Péronne. Saint-Omer y Aire quedaban en poder del príncipe Luis: éste, en cambio, renunciaba a las pretensiones que tenía por su madre Isabel de Hainaut sobre las otras partes del condado de Flandes; por su parte Felipe Augusto armóse de seguridades contra su propio hijo. Exigió de los municipios y los castellanos del Artois la promesa de tomar partido por el rey, si el príncipe faltaba a su fidelidad. Viviendo de las rentas del Artois, Luis de Francia no pudo nunca ser su dueño. Felipe Augusto reinó allí; jamás confirió a su hijo el título de señor ó conde de Artois. Luis jamás obtuvo de ese padre sospechoso el derecho de mantener cancillería propia. «Hijo mayor del rey de Francia,» tal fué el único título oficial de que se le permitió usar, aun en el gobierno de su feudo propio.

Los cronistas que han escrito, en el siglo XV, la historia de Flandes (2), presentan los hechos con un cariz más romántico y más dramático. Según ellos, los flamencos, irritados al ver sus jóvenes señoras, las hijas

(2) Principalmente Bouchard de Avesnes y Jaime de Guise.

de Balduino IX, en manos del rey de Francia, acusaron de traidor al conde de Namur, apareciendo tan amenazadores, que Felipe Augusto se decidió á devolverles Juana y Margarita. Las envió á Brujas, donde los ciudadanos velaron por su seguridad. El conde de Namur, atormentado por los remordimientos de haber vendido sus sobrinas, perseguido por el descontento de los flamencos, cayó enfermo é hizo confesión pública de su falta. Conociendo que se acercaba su muerte, se hizo arrastrar por las calles de Valenciennes con una cuerda al cuello, gritando á los transeuntes: «He vivido como un perro, es justo que como un perro muera.» En la descripción de los mismos cronistas, el golpe de mano de Luis de Francia sobre Aire y Saint-Omer aparece como una traición aún más odiosa. En el momento en que Fernando y Juana empezaron su viaje saliendo de París, al pasar por Péronne, el príncipe real los hace encerrar en el castillo y no abandona sus prisioneros hasta haber conquistado las dos villas. Estas leyendas demuestran el descontento de los flamencos contra Felipe Augusto y su reino de Francia. Y en efecto, poco tiempo antes del matrimonio de Fernando (1), las ciudades de Gante, Brujas, Douai, Lilla, Ipres y Saint-Omer concluían con Juan *Sin Tierra* una alianza ofensiva y defensiva contra Felipe. Prometiéronle una fidelidad sin reserva, y aun se comprometieron á proporcionarle todos los aliados de Flandes ó de otras partes que pudieran arrastrar á su partido.

En esta disposición de espíritus, naturalmente, Fernando de Portugal debía llevar la peor parte. Presentábase á sus súbditos como el protegido de Felipe Augusto y fué mal recibido. Habiendo caído enferma Juana de Flandes en Douai, tuvo que hacer solo el camino hasta su feudo. Los de Gante se negaron á abrirle las puertas de su ciudad mientras no vieran asomar á su joven soberana: «no estaban seguros, decían, de que realmente fuese su marido.» Un grupo de nobles flamencos atestaba la validez de este matrimonio tratado sin su consentimiento. Atacaron á Fernando en el momento en que hacía su comida y estuvieron á punto de prenderle: logró salvarse. Cuéntase que en el momento en que Juana y su marido llegaron al país de Tournai, uno de los más altos varones del país les habló en estos términos: «Vuestro marido es siervo del rey de Francia, que se ha de ello vanagloriado en presencia nuestra. Señora, tomad á vuestro siervo. Sea maldito de Dios y marchaos con él á Portugal, que es tierra de siervos, porque jamás siervo alguno tendrá á los flamencos bajo su dominio. Y notad bien, señora, que si Fernando permanece todavía quince días por acá, le haremos cortar la cabeza.»

Por lo demás, Felipe se había equivocado creyendo que su protegido sujetaría Flandes á los franceses. Fernando quería ser conde, y desde que lo fué olvidó á su protector. Irritado por la pérdida del Artois y por la humillación que había sufrido al firmar el tratado de Lens, quería vengarse. Las dificultades con que tropezó cuando procuró hacerse reconocer de sus súbditos fueron para él otros tantos motivos de queja contra su so-

(1) Petit-Dutaillis, en su *Histoire de Louis VIII*, ha probado de un modo terminante que la alianza de los municipios flamencos con Inglaterra fué concertada antes de 1212: lo contrario de la opinión seguida, que admitía la posterioridad del mismo al casamiento de Fernando.

berano. Su primer acto político fué negociar con Juan *Sin Tierra* Otón de Brunsvich y Renato de Dammartin.

El 4 de mayo de 1212, el conde de Boulogne firmaba con Juan *Sin Tierra* el tratado que había de comprometerle para siempre: «He hecho homenaje y fidelidad al señor, Juan *Sin Tierra*, como á señor natural mío, y le serviré fielmente mientras viva, contra todos los mortales y no trataré paz ni tregua con sus enemigos el rey de Francia, ó su hijo Luis, ó cualquier otro.» Juan había querido que el homenaje se prestara en Londres en una asamblea general de la nobleza inglesa: «Es necesario, había escrito, que nuestros amigos puedan gozarse altivamente y que nuestros enemigos sean confundidos por completo.» Desde entonces, Renato de Dammartin vive en la corte de su nuevo soberano, forma parte de su consejo real, asiste á Juan en todas ocasiones, y registra y firma sus actos oficiales. Cuando no reside en Inglaterra, está en Flandes, en Lorena, en Alemania, ó negociando por cuenta de Juan y de Otón. Lleva instrucciones secretas de uno á otro; acompaña á sus embajadores y es el pensionado de ingleses y alemanes.

Gracias á sus diligencias, la mayor parte de los señores de las regiones belga, lorenesa y holandesa entraron, uno después de otro, á formar parte de la coalición. Las cartas que Juan *Sin Tierra* escribió á estos vasallos del Imperio están llenas de reiteradas invitaciones, de halagos y de promesas. Ya les tienta por medio del dinero que fácilmente les entrega, ya con promesas de concederles feudos. Exhórtales á venir á Inglaterra á prestarle homenaje. «Sabed, escribía al duque de Limburgo, que vuestra llegada nos será muy agradable, por los grandes deseos que tengo de conocerlos y de holgarlos en vuestra conversación, aun en el caso de que las negociaciones entre nosotros comenzadas no alcansasen un resultado satisfactorio.» A los hijos de estos grandes señores les hablaba como si fuesen caballeros que estuviesen á su sueldo. Walerán, hijo del duque de Limburgo, recibió de Juan el siguiente billete: «Os mandamos y rogamos que vengáis á nuestro encuentro, en compañía de otros nueve caballeros bien montados y mejor armados, con toda la prisa que podáis.» Al senescal de Louvain le ordenaba que fuese á Inglaterra como si fuese un funcionario al cual él pagase.

Estaba Holanda, en 1213, á sueldo de Inglaterra. Cuando Juan *Sin Tierra*, temiendo el desembarque de Felipe Augusto, tomó sus medidas para la defensa, el conde de Holanda, Guillermo, fué á Londres y pactó con él, mediante una pensión anual de 400 marcos, una especie de homenaje-liga. «Yo, Guillermo, decía, he prometido al señor Juan, rey de Inglaterra, que, si invadían su reino, para conquistarlo, los extranjeros, le auxiliaré con todas mis fuerzas en su defensa. He hecho homenaje á dicho señor y me he obligado á proteger sus tierras de Inglaterra y además á reconquistar las demás posesiones que le pertenecen.» Por manera que los aliados de Juan *Sin Tierra* debían ayudarle en la reconquista de la Normandía y de todo lo que había perdido en el continente. Estos señores feudales del Escalda y del Rhin, vendidos á Inglaterra después, en la batalla de Bouvines, los encontraremos casi todos en el ejército del emperador Otón.

La coalición necesitaba el apoyo y adhesión del conde de Flandes. Fernando, aunque estaba muy enemistado con el rey de Francia, resistía; no se atrevía á consumir un acto de tanta gravedad como era el rendir homenaje al enemigo de su señor. En el fondo, lo que ansiaba Fernando, al igual que sus predecesores, era ser un soberano independiente entre Inglaterra, Francia y Alemania, y por consiguiente, en nada le seducía el someterse á Inglaterra. Escribíale Juan, en 1212, con engaño: «Nuestro fiel Renato nos ha hablado de vos. Tendríamos gran placer en que nos fueseis fiel y estuviérais á nuestro servicio, y nos haremos por nuestra parte todo lo que podamos para establecer entre nosotros una eterna amistad. Quisiéramos enviar á vos, sin pérdida de tiempo, tan pronto como os lo hayan comunicado mis enviados, alguno de los más entendidos consejeros con el fin de llegar á una inteligencia con respecto al tratado que debe concluirse por intermediación del conde de Boulogne, que á este propósito retenemos aquí. Permanezcamos ambos junto al mar, para que, en cuanto se hayan establecido por nuestros vasallos las primeras bases para un acuerdo, podamos nosotros reunirnos más prontamente y consagrarlo de una manera definitiva.» Al mismo tiempo el inglés hacía un considerable préstamo á la tía de Fernando, Isabel de Portugal, exigiendo como prenda, además del reconocimiento del préstamo, un resguardo escrito del conde y de las tres principales villas de Flandes.

Fernando se aprovechó de estos ofrecimientos, y convino en celebrar ambos príncipes una entrevista. Debía tener lugar en Douvres el 20 de julio de 1212. Algunos días después envió Juan á Fernando un salvoconducto para él y para los suyos. Pero Fernando conservó aún una actitud dudosa; resistíase á obligarse á la defección. Sin duda que su negativa á tomar parte en la campaña de invasión de 1213 fué un acto de marcada hostilidad á Felipe Augusto, pero no llegó á una ruptura irrevocable (1). Unicamente al ser invadido su territorio se decidió á entrar en la coalición (22 de mayo de 1213).

II.—La guerra de Flandes. La Roche-au-Moine (2)

Felipe dirigía las operaciones con la rapidez que le era habitual. Mientras su flota recorría el litoral y se instalaba en Damme, su ejército tomaba á Cassel, Ipres, Brujas y sitiaba á Gante. Una semana había bastado al rey de Francia para apoderarse de la mayor parte de Flandes. Fernando fué retrocediendo paso á paso, no atreviéndose á presentar batalla á su adversario, superior tres veces en fuerzas, sin duda (á pesar de que obró en legítima defensa) por no ponerse frente á frente

(1) Los cronistas Guillermo el Bretón y Matthieu de París han creído equivocadamente que el conde de Flandes era desde este momento, por tratado, el aliado de Juan y de Otón. La alianza efectiva estaba todavía por hacer.

(2) FUENTES.—Las mismas que en los dos párrafos precedentes, sobre todo la *Histoire des ducs de Normandie* y el *Anonyme de Béthune*.

OBRAS DE CONSULTA.—Malo, *Renaud de Dammartin*, 1898. Petit-Dutaillis, *Louis VIII*, 1894. Lecointre-Dupont, *Jean-sans-Terre ou Essai sur les dernières années de la domination des Plantagenêt dans l'Ouest de la France*, en las «Mémoires de la Société des Antiquaires de l'Ouest», tomo XII.

á su soberano. En Ipres fué á encontrar á Felipe y pidióle perdón. «Haced esta misma noche todo lo que yo exija, le respondió Felipe, de lo contrario desocupad la tierra.» El conde no podía obedecer á esta intimación; pero, al partir, recomendó á todos los castellanos de Flandes que se sometieran al rey francés: últimos escrúpulos del feudatario de aquel tiempo. Pero, aumentando el peligro, fué necesario solicitar la ayuda de los ingleses. Juan envió rápidamente una pequeña flota en donde iban Guillermo de Salisbury, su hermano Renato de Boulogne y Hugo de Boves. «Voluntariamente habríamos puesto á vuestras órdenes fuerzas más considerables, si nos hubierais pedido con más tiempo nuestro auxilio.»

Felipe Augusto, ocupado en el cerco de Gante, había cometido la imprudencia de abandonar Damme sin bastante guarnición. Gran parte de los vasallos franceses, no pudiendo entrar en el puerto, permanecieron en el litoral. Llegaron los ingleses, se arrojaron sobre las naves mal defendidas y tomaron ó incendiaron 400: con su flota destruída ó dispersa no podían soñar los franceses en el famoso desembarco de Inglaterra. La última esperanza de Felipe, si aún conservaba la idea de cruzar el estrecho á pesar de la prohibición pontificia, acababa de desvanecerse (30 de mayo).

Fernando se decidió á firmar el tratado que le comprometía para siempre, pero conservaba todavía algún escrúpulo. El 31 de mayo llega á la costa de Damme, á vista de la flota inglesa, con cuarenta caballeros: Renato y Salisbury desembarcan y le intiman que se adhiera sin reservas á la causa del rey Juan. «Es que soy hombre adicto al rey de Francia, responde Fernando; no me atreveré á tomar una resolución tal si mis vasallos no me lo aconsejan.—Podéis tomarla,» dijeron los caballeros que le rodeaban. Y entonces el conde: «Jurad, por la fe que me debéis, que puedo, sin incurrir en reproche, concluir una alianza semejante.—Nadie os lo echará en cara, responden los vasallos de Flandes, porque el rey de Francia ha invadido nuestro feudo.» «Entonces se llevó á cabo la empresa, dice el cronista; el conde juró sobre los Santos Evangelios que desde entonces ayudaría con buena voluntad al rey de Inglaterra y que jamás trataría paz sin su auxilio y sin el del conde de Boulogne.» Los ingleses juraron por su parte.

A finales del invierno pasó el conde de Flandes á hacer una visita á su nuevo soberano. A la nueva de su desembarco en Douvres, el rey Juan dijo á Roberto de Béthune, uno de los varones de Flandes que se hallaban en su corte: «Vuestro señor, el conde de Flandes, ha llegado á esta tierra.—¿Y qué esperáis, señor, para salir á su encuentro?—¡Oh!, respondió el rey, ¡qué flamenco! ¿Pero os imagináis verdaderamente que es una gran potencia vuestro señor el conde de Flandes?—¡Por San Jaime!, respondió Béthune, y tengo mis razones para pensarlo.» Comenzó á reír el rey y dijo: «Haced venir vuestros caballos; quiero ir á su encuentro.» La entrevista tuvo lugar en Cantorbery: «los dos príncipes se besaron, comieron juntos y Fernando renovó sus homenajes á Juan por las tierras que debía poseer en Inglaterra.»

Cuando supo que los ingleses habían destruído parte de su flota, y que, unidos al pequeño ejército de los flamencos de Fernando, sitiaban la guarnición francesa